

Catedrático de literatura hispanoamericana de la Universidad Autónoma de Madrid. Su actividad docente e investigadora se ha centrado fundamentalmente en la literatura hispanoamericana de los siglos XIX y XX y la significación de los procesos políticos y culturales en ésta. Entre sus publicaciones se cuentan: *El teatro chileno contemporáneo (1941-1973)* (1982), *La poesía hispanoamericana en el siglo XX* (1987), *La poesía hispanoamericana hasta el final del modernismo* (1989), *Los géneros ensayísticos hispanoamericanos* (1990) y *Literatura hispanoamericana: sociedad y cultura* (1998). Ha editado *Amalia* de José Mármol (1984), *Huasipungo* de Jorge Icaza (1994) y *Garduña* de Manuel Zeno Gandía (1996), así como el volumen *Teoría y crítica literaria de la emancipación hispanoamericana* (1997).

LA CONQUISTA DE AMÉRICA EN LA NOVELA HISPANOAMERICANA DEL SIGLO XIX. EL CASO DE MÉXICO

TEODOSIO FERNÁNDEZ

1 Véase «Fábula de las Batuecas, y países imaginarios», en *Theatro crítico universal*, tomo IV, Madrid, Imprenta de la Viuda de Francisco del Hierro, 1730, págs. 241-267 (267). Actualizo siempre las características gráficas de los textos citados.

2 Feijoo ya había recordado que «léense en la historia de la conquista de México estratagemas militares de aquella gente, nada inferiores a las de Cartagineses, Griegos y Romanos». Véase Benito Jerónimo Feijoo, «Mapa intelectual y cotejo de naciones», en *Theatro crítico universal*, tomo II, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1728, págs. 269-287 (279).

Cuando la conquista de América encontró lugar en la novela española e hispanoamericana había transcurrido casi un siglo desde que Benito Jerónimo Feijoo condenara sin paliativos las crueldades de una empresa impulsada fundamentalmente por la codicia del oro, de consecuencias al fin también negativas para España: «El oro de las Indias nos tiene pobres»¹, había concluido, adoptando una actitud crítica que muchos intelectuales españoles harían suya en el futuro. Ciertamente, en el polémico contexto de la «disputa del Nuevo Mundo», durante el último tercio del siglo XVIII figuras relevantes de la Ilustración española como José Cadalso o Juan Pablo Forner salieron en defensa de los conquistadores e incluso buscaron en su heroísmo y en su espíritu de sacrificio modelos para la regeneración nacional que juzgaban necesaria, pero esa conjunción problemática de orgullo patriótico y voluntad renovadora no impidió que arraigara profundamente la convicción de que los metales preciosos de las Indias habían sido causa fundamental de la ruina económica y moral del país, de su decadencia cultural y del escaso desarrollo de su comercio y de su industria. Por otra parte, la defensa de la conquista resultaría difícil de conciliar con planteamientos filantrópicos como los de Gaspar Melchor de Jovellanos, quien trató también de salvar la grandeza heroica del glorioso pasado español, pero al que su humanitarismo antibelicista inevitablemente conducía a la

descalificación de los conquistadores y a la denuncia del trato injusto de que habían sido y eran víctimas los indígenas, sobre cuya naturaleza se discutía por entonces con insistencia. En respuesta a quienes atribuían a los españoles una crueldad gratuita con seres indefensos –la imagen de unos indios añados o degenerados estaba de actualidad–, esos ilustrados trataron de atribuir a los primitivos pobladores de América una notable capacidad para la guerra², pero tales planteamientos se debilitaban en la medida en que también en el mundo hispánico (aunque tímidamente) se iban introduciendo las tesis de Jean-Jacques Rousseau sobre el «buen salvaje», tesis que además ponían en entredicho las convicciones sobre las ventajas de la civilización (en todos sus aspectos) frente a la naturaleza primitiva y sencilla de un indígena inocente y feliz, anclado en la Edad de Oro. En consecuencia, cada día se hizo más difícil defender la condición civilizadora de una actuación en la cual la evangelización seguía constituyendo el pilar fundamental, y que no lograba disimular su propia violencia tras los sacrificios humanos, las prácticas antropofágicas y otras pruebas de la barbarie de los habitantes del nuevo mundo.

Así pues, el debate sobre la conquista no se zanjó simplemente con atribuir a la envidia de las demás naciones la constante labor denigratoria desencadenada contra la presencia española en América, naciones que no habían tenido un Bartolomé de las Casas que denun-

ciara desde dentro sus propias tropelías³. Pero como he señalado, aunque a cada paso resultaba más difícil conciliar la exaltación del pasado nacional con el examen moral de la historia de España, con frecuencia se intentó defender y exaltar a la vez la grandeza de ese pasado, y a ese propósito ningún ejemplo pareció más apropiado que el de Hernán Cortés y su conquista de México: a pesar del rechazo de los medios violentos también empleados en esa campaña —las propias cartas de Cortés ofrecían pruebas sobradas de su crueldad y de su intolerancia— y de la reprobable ambición que había enturbiado la empresa. En su caso podían valorarse positivamente el valor, la constancia y la inteligencia del conquistador, y también su capacidad para crear un mundo nuevo sobre las ruinas del antiguo, pues al cabo se trataba de buscar en la historia nacional razones para fundar la esperanza de gloria y de prosperidad futuras. Y, aunque el tema y la actitud patriótica hallaron buena acogida en el teatro⁴ y en otras opciones literarias, se pensó en el poema épico como el cauce más adecuado para el tratamiento de aquellas hazañas, según prueba el certamen que la Real Academia convocó en octubre de 1777, cuyo tema obligado fue la destrucción de las naves ordenada por Cortés para cortar a sus hombres toda posibilidad de volver atrás, episodio que se juzgaba representativo de las virtudes del espíritu hispánico. Triunfó José María Vaca de Guzmán y Manrique con *Las naves de Cortés destruidas*⁵, y en él participó Nicolás Fernández de Moratín con un poema que, retocado, se publicaría años después⁶. La concepción del héroe como un elegido de Dios para la propagación de la fe en territorios controlados por el demonio —según demostraba la condición sangrienta de los ritos aztecas, con sus sacrificios humanos y su culpable afición a la antropofagia— prolongaba en la campaña de México la gesta de la reconquista, y a esa condición de cruzada o de guerra santa se sumaba la dimensión patriótica de las hazañas realizadas para acrecentar los dominios del rey y la gloria nacional. Ese mismo espíritu inspiraría aún *México conquistada* (1798), de Juan de Escoiquiz⁷, aunque para entonces ya resultaba difícil ignorar las contradicciones que incluso la historiografía oficial parecía dispuesta a abordar⁸. Sin que tampoco llevara a sus últimas consecuencias la condena del fanatismo evangelizador, esas contradicciones quedarían ya plenamente de manifiesto en *La conquista de*

México por Hernán Cortés (1820), de Pedro Montengón: la condición ilegítima de una guerra de invasión resultaba evidente, e invalidaba con ese último poema la condición épica de la conquista de América, incompatible con la nueva mentalidad⁹.

Esa condición ilegítima fue tal sobre todo cuando las luchas por la emancipación la pusieron insistentemente de relieve. La conquista de México no tardó en encontrar un lugar en la novela: en 1826, en Filadelfia, se publicó *Jicotencal*, cuya autoría continúa discutiéndose hasta hoy¹⁰. Cualquiera que fuese la nacionalidad del escritor, no era ajeno a la polémica esbozada hasta aquí, aunque se situase ya decididamente frente a la conquista e hiciera de Hernán Cortés un compendio de crueldad y de fanatismo, de intolerancia y de codicia. Frente al conquistador se alzaba la figura de Jicotencal¹¹ «el joven», caudillo tlax-



«Las naves de Cortés destruidas». Pintura anónima del siglo XIX

9

De estos temas se ocupó minuciosamente Javier Yagüe Bosch, *La conquista de México en la épica del siglo XVIII: hazañas para una polémica*, tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 1992.

10

Tras analizar el problema y las hipótesis manejadas con anterioridad, Alejandro González Acosta optó por atribuir su autoría a José María Heredia, de quien consta que a principios de 1823 trabajaba en una tragedia titulada *Xicotencatl o Los tlaxcaltecas*. Véase Alejandro González Acosta, *El enigma de «Jicotencal»*. Estudio de dos novelas sobre el héroe de Tlaxcala, México, UNAM / Instituto Tlaxcalteca de Cultura / Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1997, págs. 119-224; véase también José María Heredia y Salvador García Baamonde, «Jicotencal» y «Xicotencal, príncipe americano», estudio preliminar, edición y notas de Alejandro González Acosta, México, UNAM / Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2002.

11

Reproduzco los nombres de los héroes indígenas tal como aparecen en las distintas obras abordadas, pues las diferencias no deben impedir que el lector reconozca a Xicotencatl (Jicotencal, Xicotencal, Xicotencali), Motecuhzoma (Moteczuma, Moteczuzoma), Cuicilahuac (Quetlabaca, Quetlahuaca, Cuicilahuatzin), Quauhpopoca (Cualpopoca) o Quauhémoc (Guatimozín, Cuahtemotzin).

3

Significativamente, aunque estimaba que la composición y publicación de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* constituían «el error más grande» en toda su actividad política y literaria, Quintana incluyó entre los españoles célebres a Bartolomé de las Casas, cuyo nombre «ya no pertenece precisa y peculiarmente a la España, que se honrará eternamente con él, sino a la América, por los enormes beneficios que la hizo, y al mundo todo que le respeta y le admira como un dechado de celo, de humanidad y de virtudes». Véase Manuel Josef Quintana, *Vidas de españoles célebres*, Madrid, Imprenta de don Miguel de Burgos, tomo III («Don Álvaro de Luna. Fray Bartolomé de las Casas»), 1833, págs. 369 y 433.

4

En 1790 se estrenó y publicó en Madrid *Hernán Cortés en Tabasco: drama heroyco e histórico en tres actos*, de Fermín del Rey, quizás el dramaturgo más interesado en estos temas a fines del siglo XVIII. Al respecto véase también Alejandro González Acosta, *Hernán Cor-*

tés en Cholula. Comedia heroica inédita de Fermín del Rey (1782), México, UNAM, 2000.

5

Se publicó en Madrid, por Joachin Ibarra, 1778.

6

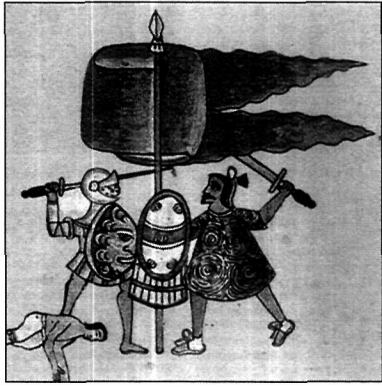
Véase *Las naves de Cortés destruidas: canto épico*, obra póstuma de D. Nicolás Fernández de Moratín, ilustrada por el autor con reflexiones críticas, Madrid, Imprenta Real, 1785.

7

México conquistada. Poema heroyco, Madrid, Imprenta Real, tres vols., 1798. Sobre la empresa de Cortés, Escoiquiz estaba convencido de «que no se hallará otra más gloriosa en los anales del género humano» (vol. I, pág. vi).

8

Véase al respecto la apenas iniciada *Historia del Nuevo Mundo* de Juan Bautista Muñoz, tomo I, Madrid, Viuda de Ibarra, 1793 (reproducción facsimilar de la Generalitat Valenciana, Comissió per al Vè Centenari del Descobriment d'America, Valencia, 1990).



Lucha entre español y tlaxcalteca. Códice Azcatitlán.



Cortés y doña Marina agasajados por Moctezuma. Lienzo de Tlaxcala (detalle).

12

Véase *Jicotencal*, Filadelfia, Imprenta de Guillermo Stavely, dos tomos, 1826, tomo primero, pág. 82. Para evitar notas innecesarias, en adelante las citas aparecerán seguidas del número del tomo y de las páginas correspondientes a esta edición.

13

«Tu patria no es ya Tlaxcala; la humanidad reclama tus servicios, y un mundo entero te señala como a su libertador», le dice a Jicotencal el «general» mexicano Teutile (II, 23).

14

Lo prueba bien el caso del traidor Magiscatzin, quien, «para completar su infamia, apostató públicamente de la religión de sus abuelos para abrazar la de su protector, que tenía en las manos el poder» (II, 46).

calteca que luchó contra los españoles hasta que Tlaxcala se convirtió en su principal aliada, y luego colaboró con ellos en los ataques a México hasta que sus vacilaciones determinaron que fuese asesinado. Desde la perspectiva de unas creencias religiosas justificadas por la razón natural y siempre respetuosas con la moral y la justicia, el autor, convencido de que los conquistadores «tomaron por pretexto de sus aventuras la propagación de una creencia, que casi no conocían y que insultaban con su conducta»¹², resaltaba la intolerancia y el fanatismo de lo que para sus defensores había sido la santa ira evangelizadora de su capitán. Pero no sólo se trataba de enfrentar a los españoles con los americanos, sino a las virtudes con los vicios: lo prueban tanto la condición positiva que se atribuye a Diego de Ordaz, «un joven de buena presencia, de talento claro y sólido, y de un corazón recto y justo» (I, 33), capaz de criticar

los excesos de sus compañeros (amores adúlteros, imprudencia evangelizadora, codicia), como la notoria condición negativa del traidor tlaxcalteca Magiscatzin o de la astuta y viciosa doña Marina: con «¡Anda, Catón ridículo!» (I, 136) se burla del honesto Ordaz la amante e intérprete del también lujurioso Cortés.

La resistencia de Jicotencal contra el conquistador y sus cómplices constituiría así un episodio más en la lucha por la liberación del género humano¹³, aunque ahora fuese la salvación de la patria lo que constituía la ley suprema: el espíritu nacional merecía la constante valoración positiva que exigían los ideales de libertad e independencia, a los que se supeditaba incluso la legitimidad de las creencias religiosas¹⁴. Resulta también significativo que el derecho a la independencia se conjugara con la defensa de un régimen parlamentario que garantizaba internamente las libertades, la igualdad y la justicia, mientras la colonización resultaba identificada con la destrucción «emprendida y llevada a cabo por una banda de soldados al sueldo y órdenes de un déspota, que tenía su trono a más de dos mil leguas de distancia» (I, 6). El conflicto, evidentemente, no era tanto el que enfrentó al México del siglo XVI con el emperador Carlos

V como el que enfrentaba a los ciudadanos de las nuevas repúblicas hispanoamericanas con el absolutismo representado entonces por Fernando VII y quizá también por los regímenes conservadores que dominaban en algunos países de Hispanoamérica. Incluso el caso autóctono de Moctezuma, antes «virtuoso, de corazón recto y de grande generosidad», según reconocían las ahora víctimas de «un tirano orgulloso» (I, 162), constituía una prueba más de los riesgos que supone depositar el poder en un solo hombre. Frente al «vértigo monárquico» (II, 169) y frente a sus «necios absurdos de la legitimidad y el derecho hereditario» (II, 183-184) que habían embrutecido a Europa durante tanto tiempo, se recordaba la justa sublevación del pueblo tlaxcalteca contra los abusos de autoridad de un antiguo cacique o rey, sustituido por el régimen republicano y su espíritu igualitario, sublevación siempre justificada contra cualquiera de esos monstruos que, como Cortés, «llora de envidia porque no puede exceder a los Neronos y los Calígulas» (II, 198). «Cual otro Bruto», Jicotencal «juró la muerte del tirano», adoptando la única la actitud «digna de un alma republicana» (II, 122), pero la suerte de Tlaxcala peligraba ahora sobre todo por la corrupción de sus senadores y el triunfo de las «parcialidades», discordias o intereses personales, demostrando que todas las formas de gobierno tienen sus inconvenientes si el pueblo carece de las virtudes necesarias para sortear los riesgos: el héroe sabía bien que en su patria «los vínculos sociales estaban rotos; la autoridad prostituida, la traición dominante y premiada, el patriotismo y el mérito despreciados; hollados los derechos y ultrajadas las leyes» (II, 158). Frente a esa degeneración y siempre frente a la guerra —«el espíritu republicano jamás ha sido conquistador» (I, 89)—, la novela proponía regresar al trabajo honrado en el campo, lejos de la ambición y otras lacras de la ciudad civilizada y corrupta: significativamente, Tlaxcala contaba con una agricultura floreciente —«al parecer, a su abundancia de maíz le debió su nombre de Tlaxcala, que en aquel antiguo idioma significaba *Tierra de pan*» (I, 9-10)—, y el carácter sufrido y belicoso de sus habitantes era «poco afecto al fausto y enemigo de la afeminación» (I, 10). El recuerdo de la historia antigua de Roma determina en gran medida la elaboración de la historia pasada y presente de ese pueblo peculiar.

El interés despertado por *Jicotencal* fue notable¹⁵. Contra ese «autor extranjero de nuestros días» que había tratado de oscurecer la fama de Cortés, Salvador García Baamonde escribió su novela *Xicotencal, príncipe americano*, publicada en Valencia en 1831. Esa obra constituía una nueva respuesta española a la leyenda negra, con los renovados ataques aún recientes contra la actuación de los conquistadores. El autor rechazaba una vez más la imputación de haber destruido a gentes indefensas: «En vano pretenden autores extranjeros disminuir la gloria de Hernán Cortés, ya pintándole como un tirano que hacía la guerra a hombres desnudos, ya tomando la causa de estos cuya ignorancia y sencillas costumbres les conducían a inclinar su cuello al yugo de los españoles»¹⁶. Bien distintos de esos indios desnudos e ignorantes, los indios guerreros de García Baamonde buscaban parecerse a aquellos cuyas hazañas Alonso de Ercilla convirtió en materia épica al escribir *La Araucana*, de donde procedían los versos que encabezaban cada capítulo de la novela, y algunos lo consiguieron especialmente, como el generoso y leal Cualpopoca, ajusticiado por liberar a Motezuma de su responsabilidad en la muerte de Juan de Escalante y otros españoles en las cercanías de la Villa Rica de la Veracruz, o el propio Motezuma, que supo al menos morir con dignidad. Bien es cierto que su valor y sus habilidades guerreras no suelen ajustarse a una condición moral positiva, pues es la ambición lo que lleva a Cacumatzin, señor de Texcoco, a levantarse contra Cortés, y son los celos y el deseo de venganza (y no el amor a la patria) las razones que explican la conducta de Xicotencal: lucha contra Cortés al creer que éste había raptado a su amada Xicomui (estratega urdida por el padre de la joven, senador de Tlaxcala fiel al emperador de México y enemigo de los republicanos), se alía con el conquistador cuando sabe que ella se encuentra realmente en la corte de Motezuma, y rompe su compromiso cuando la joven, también soberbia y ambiciosa, se muestra interesada en el héroe español, lo que había de costarle la vida a ese «capitán digno de mejor suerte por su extraordinario valor y política» (157), pero víctima de sus propias y excesivas pasiones.

Decidido a exaltar la grandeza de los conquistadores, García Baamonde no se olvidó de los «buques» y de que Cortés obligó a sus

«tristes» marineros a barrenarlos, «dando con esto un testimonio nada equívoco de la firmeza de sus decisiones, y levantando un monumento eterno a la memoria de la más heroica hazaña que vieron los siglos»¹⁷. Por supuesto, esa valoración condenaba a los cobardes que, como Diego de Ordaz («intrépido», no obstante, cuando subió el volcán Popocatepetl en erupción), se sublevaron decididos a abandonar la empresa y regresar a La Habana. El narrador hizo sentir a Cortés que la providencia estaba de su lado en los momentos más difíciles, y dio a entender que el celo religioso explicaba (si no justificaba) sus excesos, considerados además como respuesta a los sacrificios humanos exigidos por los dioses indígenas, o a traiciones que el lector difícilmente puede entender como tales. Eso no le bastaba a García Baamonde, quien hizo a Xicotencal consejero «ordinario» de Cortés «en todo proyecto violento» (108), entre ellos la traicionera captura de Motezuma. «La generosidad del carácter español ¿hubiera osado concebir tal proyecto contra un monarca tan afable y bienhechor, que menos parecía un príncipe delante de ellos que un simple cortesano?» (110), se preguntaba el narrador, olvidadizo de los desmanes de los conquistadores que él mismo recogía, incluida la destrucción de Cholula por una «soldadesca desenfundada, tan sedienta de sangre como de riquezas» (91), que

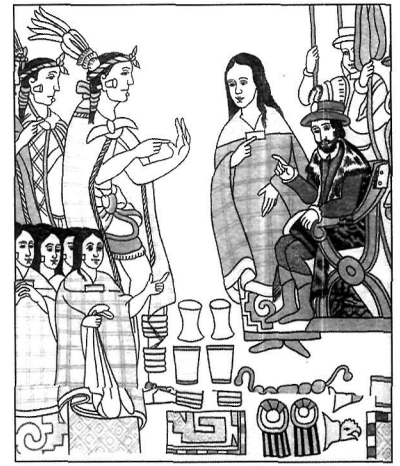
15

Un eco inmediato de la novela puede encontrarse en las obras sobre el héroe tlaxcalteca escritas para el concurso de obras teatrales que se celebró en Puebla en 1828. *Xicotencatl*, tragedia en cinco actos de José María Moreno Buenvecino, fue quizá la más destacada, y entre ellas se contaron también *Teutila*, de Ignacio Torres Arroyo, y *Xicotencal*, de José María Mangino (véase D. W. McPheeters, «Xicotencal, símbolo republicano y romántico», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*,

ca, X, núms. 4-5, 1956, págs. 403-411). El personaje llamó la atención también fuera de México, como permite comprobar el romance «Xicotencal» (1838), del cubano Gabriel de la Concepción Valdés («Plácido»).

16

Xicotencal, príncipe americano, Valencia, Imprenta de José de Orga, 1831, págs. iv e ij, respectivamente. En adelante las citas aparecerán seguidas del número de las páginas correspondientes a esta edición.



«Encuentro entre Cortés, acompañado de su intérprete Malinche o Malinalli (Doña Marina) y los embajadores Tlaxcaltecas». Lienzo de Tlaxcala (detalle).



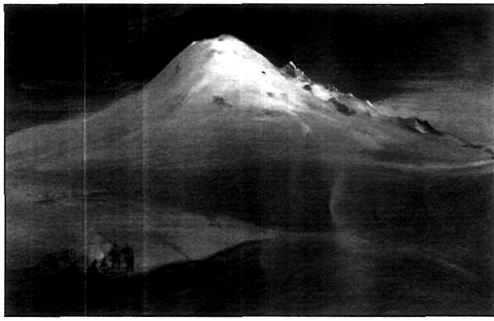
«Xicotencal jura la paz a Cortés en presencia de los Senadores de Tlaxcala», grabado de *Xicotencal, príncipe americano*, de Salvador García Baamonde.

17

Véase pág. 53. Para su anónimo rival, peor informado, Cortés «quemó su escuadra» (I, 88), y la mención de ese imaginario «incendio de las naves» —insistirá en él por boca del general mexicano Teutila (II, 19)— sólo era muestra de un genio rico en recursos para asegurarse las riquezas de Moctezuma, «el único objeto que llenaba su ambición, y hacia el que encaminó todos sus planes» (I, 87).

La conquista de América en la novela hispanoamericana del siglo XIX. El caso de México

TEODOSIO FERNÁNDEZ



Descanso nocturno en el ascenso hacia la cumbre del Popocatepetl, del pintor alemán Juan Mauricio Rugendas, que visitó México entre 1831 y 1835.



Gertrudis Gómez de Avellaneda, por Federico de Madrazo (1857).

18

Aunque García Baamonde se mostró en alguna época ferviente partidario de Fernando VII (así lo prueban tres loas que le dedicó en 1824), con el tiempo pareció evolucionar hacia un liberalismo moderado. Véase Mercedes Baquero Arribas, «La conquista de América en la novela histórica del romanticismo español: el caso de *Xicotencal, príncipe americano*», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 480, Madrid, junio de 1990, págs. 125-132 (127-128).

19

El heroísmo de ese último señor de los aztecas había inspirado la tragedia *Guatimozín* (1829), del colombiano José Fernández Madrid, y el poema «Profecía de Guatimoc», del mexicano Ignacio Rodríguez Galván.

La conquista de América en la novela hispanoamericana del siglo XIX. El caso de México

TEODOSIO FERNÁNDEZ

20

«[...] y si las noticias que doy no son perfectamente exactas, puedo creer al menos que son verosímiles y no infundadas», continuaba en la misma nota a pie de página. Véase Gertrudis

Gómez de Avellaneda, *Guatimozín, último emperador de Méjico*, Madrid, Imprenta de A. Espinosa y Compañía, cuatro tomos, 1846, tomo II, pág. 23. Las citas corresponden a esta edición.

acababa de relatar. Entre la inconsistencia de esos planteamientos y su voluntarioso patriotismo, las convicciones políticas de García Baamonde pasan casi desapercibidas¹⁸; se limitó a mencionar la condición de república ostentada por Tlaxcala, aunque puede interpretarse como una defensa de la monarquía su valoración positiva de la lealtad de los conquistadores a Cortés y al emperador, y la de los indígenas a sus señores, y en particular a Motezuma, a pesar de la degradación que ya había experimentado antes de que llegaran los españoles: «Hallábase éste en la cumbre del poder; pero dominado por sus ministros, que llenos de riquezas, vivían como su señor entregados a los placeres y a la disipación» (82). Así pues, si lo que planteaba *Jicotencal* era sobre todo el conflicto entre absolutismo y republicanismo, García Baamonde parecía sobre todo interesado en rebajar la condición moral

de los héroes americanos para resaltar el valor y la habilidad de Cortés. Son esos planteamientos ideológicos, políticos y estéticos diferentes y aun opuestos los que en el primer caso hacen del guerrero tlaxcalteca un patriota que da la vida por su pueblo y en el segundo una víctima de sus propias pasiones; esas conductas dispares (o sus valoraciones) también se explican mejor si se relaciona la primera novela con el racionalismo ilustrado y la segunda con la exaltación de los sentimientos que se asocia al romanticismo.

Ambas novelas pretendían asentar su revisión del pasado sobre una reconstrucción histórica rigurosa, aunque fue el anónimo autor de la novela de Filadelfia el único en dejar constancia de sus fuentes: *Jicotencal* reconoce

expresamente su deuda con la *Historia de la conquista de México* (1684) de Antonio de Solís, a pesar de considerarse a éste como «el historiador más apasionado» de Cortés (I, 159), y con Bartolomé de las Casas, al menos para recordar la matanza perpetrada por Pedro de Alvarado en el Templo Mayor de México mientras Cortés salía al encuentro de Pánfilo de Narváez (II, 105), lo que supuso la rebelión de los mexicanos, la muerte de Motezuma y la derrota de los españoles, expulsados de la capital por Quetlabaca, nuevo señor azteca. Poco para lo que había de ofrecer *Guatimozín, último emperador de México*, que la escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda dio a conocer en *El Heraldo* de Madrid desde el 21 de febrero hasta el 25 de abril de 1846, quizá la novela de mayor interés entre cuantas durante el siglo XIX, en España y en Hispanoamérica, recrearon los tiempos de la conquista. La elección de Guatimozín como protagonista —alguien que se conducía «por el amor de la humanidad», según el autor de *Jicotencal* (II, 113), y que los cronistas prácticamente habían ignorado hasta que asumió el poder tras el fallecimiento de Quetlahuaca¹⁹— obligó a la autora «a registrar cuidadosamente cuantos libros se han publicado sobre México, así en Europa como en América»²⁰. Desde luego, en este caso las fuentes de información e inspiración fueron numerosas: Gómez de Avellaneda dejó constancia expresa de haber manejado obras de Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, José de Acosta, Antonio de Solís, Lorenzo Boturini, William Robertson, Francisco Javier Clavijero y Constantino Beltrami, y no debieron de ser las únicas. Guatimozín fue el pretexto para ofrecer una nueva versión de los acontecimientos que pusieron fin al imperio azteca, desde la llegada de Cortés a su capital, Tenochtitlan, hasta la derrota y muerte de su último gran señor o *hueitlatoani*. Las crónicas guiaron con exactitud el desarrollo de los sucesos fundamentales: la pacífica acogida que Motezuma brindó a Cortés, la prisión con la que le correspondió el conquistador, la muerte de Cualpopoca en la hoguera, la matanza del Templo Mayor, la rebelión de los mexicanos y la muerte de su emperador, la huida de los españoles en la Noche Triste, etc., pudo encontrarlos la novelista, con mayor o menor riqueza de detalles, en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, en la *Historia de la con-*

quista de México de Antonio de Solís y en la mayoría de las obras dedicadas a relatar aquella campaña, sin que ello le impidiera desarrollar a su manera los hechos ocurridos —ya alterados por la imaginación y los intereses de los historiadores— y añadiendo otros de cosecha propia. Las variadas fuentes consultadas condicionaban la redacción de *Guatimozín, último emperador de México*, pero a la vez permitían dotar al relato una riqueza que sus predecesoras no habían conseguido alcanzar.

Robertson, cuya obra Gómez de Avellaneda consideraba «imparcial y filosófica»²¹, había observado en el México antiguo «los principales rasgos del gobierno feudal en su forma rigurosa, pues se reconocen sus tres caracteres distintivos, que son una nobleza en posesión de una autoridad casi independiente, el pueblo humillado a la más baja sumisión, y un soberano encargado del poder ejecutivo»²², y la escritora cubana, sin olvidarse de añadir a la nobleza «una clase no menos poderosa en el sacerdocio» (I, 11), llevó a su novela esa visión del mundo azteca, aunque ya transformado por la acción de Motezuma, que al limitar el poder y los privilegios de la nobleza habría generado el rechazo de los «soberbios y descontentadizos tlatoanis» (I, 82), otra circunstancia favorable a Cortés. Esa visión se veía favorecida por el medievalismo imperante en la narrativa romántica de inspiración histórica, medievalismo que se manifestó también en los trovadores y juglares que entretenían al emperador, en la descripción de los escudos de armas de los americanos y en algún episodio, como el «torneo» que los mexicanos celebraron en honor de los españoles. Esa asimilación a la tradición europea no contradice el rigor con que la autora trataba de incorporar la información sobre México que había conseguido reunir, y que le permitió manifestar un gran respeto, cuando no admiración, por la cultura prehispánica. Lo demostraba su interés por las divinidades y creencias de los aztecas —por lo general, imaginadas a partir de la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavijero²³—, aunque hiciera de ellas un uso preferentemente literario: eran elementos útiles para dar un barniz exótico a la reconstrucción de un mundo extraño para la escritora, pretextos para invocaciones o quejas de los personajes preocupados por su destino, en el que indudablemente —por su condición de

creencias— terminaban por influir, a la vez que servían para anticipar románticamente el desgraciado fin que esperaba a los héroes indígenas. Mayor interés ofrecía la descripción de otros aspectos del mundo mexicano y de su compleja organización social: ciudades populosas, templos y palacios magníficos, mercados, administración de la justicia, enseñanza y seguridad públicas, organización de los correos, abundancia de alimentos y otras muestras de una civilización desarrollada. Gómez de Avellaneda supo también adivinar el mérito del incipiente desarrollo de los espectáculos teatrales, de carácter eminentemente litúrgico, y el mucho más notable de la poesía —«brillante y figurada como la oriental, distinguíase además por la delicadeza de la expresión», explicaba en nota a pie de página (I, 75)—, sobre cuyas excelencias aún se contaba con escasa información. Y, aunque el predominio de los escenarios urbanos y los episodios bélicos apenas dejaba lugar para la recreación de los paisajes, aprovechó adecuadamente los testimonios ajenos para la descripción verosímil de escenarios naturales que desconocía: los datos que encontró en *Le Mexique* (París, 1830), obra furiosamente antiespañola del explorador italiano Constantino Beltrami, le fueron particularmente útiles para sus referencias a tierras lejanas del norte y noroeste, fuera de los dominios de Motezuma, pero también para describir territorios frecuentados por aztecas y conquistadores, y Clavijero abundaba en datos sobre la fauna y flora de la zona, que también utilizó. Condicionada por la voluntad de atenerse a la información conseguida, sólo en algunas ocasiones se manifiesta una visión estrictamente romántica de la naturaleza, afín a los sentimientos de los personajes; lo que predomina es la exaltación de la bondad del clima, de la belleza de los paisajes, de la fertilidad de la tierra: la idealización, en suma, de la naturaleza americana.

Gómez de Avellaneda no justificó el «uso bárbaro» de los sacrificios humanos, pero tampoco vio en ellos una prueba definitiva del primitivismo o la bestialidad de quienes lo practicaban: «¿Buscaremos rasgos de una civilización más adelantada que la que se lee en la sangrienta piedra de los teocalis mexicanos, en las hogueras de la Inquisición, a cuya fatídica luz celebraba España el acrecentamiento de su poder y los nuevos resplandores de su

21
II, 22, nota. Lo era, al menos en comparación con el holandés Corneille de Pauw, en *Recherches philosophiques sur les Américains, ou Mémoires intéressantes pour servir à l'histoire de l'espèce humaine* (Berlín, 1768-1769), y con el francés Guillaume Raynal, en *Histoire philosophique et politique des établissements des Européens dans les deux Indes* (Amsterdam, 1770), otros autores muy presentes en la «disputa del Nuevo Mundo».

22
William Robertson, *Historia de América*, Barcelona, Librería de J. Olivares y Gavarro, cuatro tomos, 1840, tomo IV, pág. 15.

23
Clavijero había viajado a Italia tras la expulsión de la Compañía de Jesús, en 1767, y *La Storia antica del Messico* apareció en Cesena en 1781-1782. Traducida al castellano por José Joaquín de Mora, se publicó en Londres en 1826. La novelista encontró en esos escritos nostálgicos una acusada actitud americanista, y de allí extrajo la mayor parte de las noticias sobre el mundo azteca con las que enriqueció *Guatimozín, último emperador de México*. También debió de manejar *Idea de una nueva Historia General de la América Septentrional. Fundada sobre material copioso de figuras, símbolos, caracteres, y jeroglíficos, cantares y manuscritos de autores indios, últimamente descubiertos* (Madrid, 1746), obra en la que Lorenzo Boturini Benaduci, humanista italiano interesado en la antigüedad mexicana, dejó una buena muestra de la gran atención que la Europa del siglo XVIII había dedicado al extraño mundo americano y a su población autóctona.



La «Noche triste». Lienzo de Tlaxcala (detalle).

24

l, 122. Las cursivas aparecen en el original.

25

Aunque la autora no cuestiona la superioridad de su propia fe, no deja de manifestar su rechazo a la evangelización tal como se llevó a cabo. Buen ejemplo es su comentario sobre la actitud del padre de Xicotencalt, transformado por el bautismo en don Lorenzo de Vargas (contra la verdad histórica, el autor de *Xicotencal* lo había mostrado fiel a la fe de sus mayores hasta su muerte): «[...] un observador imparcial se hubiera maravillado, creyendo encontrar en aquel indio republicano la personificación exacta del fanatismo de sus extranjeros dueños; el tipo perfecto de aquella época de fe y aberración, en que la causa de Dios no era en Europa la de la humanidad, en la que se enseñaba el dogma de la misericordia con la punta de la espada, con la llama de la hoguera, y se plantaba el altar de la hostia cándida y pura, afirmando sus cimientos en su suelo enrojecido por inocente sangre» (IV, 32).

gloria?» (III, 53). Por otra parte, la complejidad de su novela le permitió prestar atención a personajes indígenas diversos: junto al heroico Guatimozín, prototipo de un noble salvaje sin fisuras, compartieron el protagonismo Motezuma, aunque –supersticioso

al principio y con demencia progresiva tras caer en manos de Cortés– fuera incapaz de defender a su pueblo contra los agresores, y Cacumatzin, el orgulloso y violento príncipe de Texcoco que representó como nadie el papel de amante desdénado, papel despreciado «tanto en el mundo real como en el de las novelas» (III, 13), cuando nada debería ser tan digno de piedad y tan interesante como «el alma devorada por el santo fuego de una pasión sin premio» (III, 16); y aún hubo lugar para Quetzahuaca, el señor de Ixtapalapa que dirigió a los mexicanos hasta la victoria en la Noche Triste, y para Xicotencalt, el indomable caudillo tlaxcalteca. Siguiendo la ruta apenas abierta por *Xicotencal*, *príncipe americano*, esos personajes tienen más que ver con los héroes inmortalizados por Ercilla en *La Araucana* que con el «buen salvaje» de la tradición cultural europea: cuantos merecen una descripción moral o física (siempre son militar o políticamente relevantes) son fuertes y valerosos, afrontan impávidos la muerte y a veces el suplicio, y se distinguen por su amor a la patria y a la libertad. Eso no les impide mostrar caracteres distintos: especialmente complejo resulta una vez más Motezuma, valiente pero a la vez cruel y supersticioso, y por eso responsable de la destrucción del imperio. Por otra parte, Gómez de Avellaneda se mostró especialmente imaginativa al proponer personajes femeninos, con base histórica o sin ella, propuestos como modelos de amantes, de esposas o de madres, y a veces de Amazonas capaces de competir en coraje con los guerreros indígenas y españoles.

En la presentación de estos últimos, los matices también son variados. Su valor está a la altura de sus rivales, su crueldad –que es mucha, y con frecuencia innecesaria– es inferior a la de los «fieros y belicosos» (I, 9) republicanos de Tlaxcala y a la de otros pueblos aliados. La ambición guía sus actos, y ocasionalmente se apunta su lujuria. Reciben menos

atención que sus adversarios, y cuando se destacan individualmente lo hacen por lo general para protagonizar algún episodio de carácter histórico: son los casos del traidor Antonio de Villafaña, de Cristóbal de Olea salvando la vida de Cortés, de Gonzalo de Sandoval o Cristóbal de Olid dirigiendo las campañas militares. Especial relieve alcanzan Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León, el primero por su crueldad inhumana, el segundo por la nobleza y sensibilidad con que la autora idealizó su carácter hasta hacerlo idóneo para mantener con Tecuixpa, la hija de Motezuma pretendida por Cacumatzin, un apasionado idilio de romántico y desdichado final. Y destaca sobre todos Hernán Cortés, que despierta en la autora sentimientos contradictorios. Se resalta su habilidad (su doblez) para conseguir aliados o reducir al emperador mexicano, su crueldad frecuente, su condición ambiciosa, su fanatismo religioso y su «*política del terror*», aspectos en buena medida determinados por el origen de quien venía «de una tierra poblada de hogueras inquisitoriales, donde casi era un rito religioso o un artículo de dogma el aborrecimiento de los *infielos* o *herejes*»²⁴. Desposeída de sus justificaciones imperiales o religiosas²⁵, la presencia de los españoles en América se convertía en una mera agresión extranjera, en un acto de violencia y pillaje. El héroe y el bandido –«destinos que filosóficamente examinados no se diferencian mucho» (I, 123), en opinión de la autora– confluían efectivamente en Cortés. Nada parecía contar en su favor, pues su deficiente condición moral se acentuaba por contraste con sus rivales, magnánimos y caballerescos, y en contra de su próspera fortuna se conjuraba también el gusto de una época proclive a los infaustos destinos románticos. Sin embargo, todos los demás personajes quedaban oscurecidos por su tenacidad, su valor y su habilidad, hasta convertirse también en la novela en «una de las más grandes figuras que puede presentar la historia», en «tipo notable de su nación en aquel siglo en que era grande, guerrera, heroica, fanática y temeraria» (IV, 22 y 23). *Guatimozín, último emperador de México* llevaba a la novela hispánica una visión que la propia historiografía del momento –con la decisiva contribución de William H. Prescott– imponía al encontrar en la campaña de Cortés un episodio más novelesco que histó-

rico, al considerar que aquel hecho de armas, «ejecutado por un puñado de aventureros, faltos de todo», era «un suceso casi milagroso que se desvía aun de las probabilidades que requiere la fábula, y que no admite paralelo en las páginas de la historia»²⁶.

Como *Xicotencal, príncipe americano* y las demás novelas sobre la conquista que se escribieron en España, *Guatimozín, último emperador de México* se sumaba a la tarea de crear una imagen o una conciencia nacional que se había asignado la novela histórica, con la convicción de que la historia de España abundaba en hechos dignos de memoria, y de que la exaltación del pasado constituía una reafirmación del presente. Pero, como en las otras contadas ocasiones en que se pretendió conciliar la exaltación de la conquista de América con la ideología progresista de un humanitarismo más o menos liberal —*Pizarro y el siglo XVI* (1845), de Pablo Alonso de la Avelilla, fue la más significativa—, el patriotismo español se vio obligado a justificar e incluso a admirar el valor de quienes habían defendido su tierra y su libertad frente a las pretensiones de una potencia extranjera. Probablemente la actitud de Gómez de Avellaneda no respondía tanto a su condición de cubana como a la defensa liberal del derecho de los pueblos a la independencia —actitud que, como se ha podido comprobar, ya habían compartido y compartían no pocos intelectuales españoles al enjuiciar la conquista de América—, pero el nacionalismo romántico la llevó necesariamente a hacer de Guatimozín, del enemigo derrotado, un símbolo del patriotismo, de la lucha de los pueblos para poder decidir su destino. Toda otra consideración —el despotismo de Motezuma, el poder que ejercía por la fuerza sobre los pueblos vecinos— pasaba a segundo término, y sólo su actitud frente a la causa americana era lo que diferenciaba a los patriotas de los traidores. La actuación de los conquistadores quedaba inevitablemente en entredicho: quizás ese riesgo determinó que los novelistas españoles mostrasen un interés muy limitado en esos hechos que constituían sin duda la página más gloriosa de la historia nacional, pero también una página muy difícil de justificar.

Esa ambivalencia determinó el futuro de *Guatimozín, último emperador de México*, cuya visión de la conquista y del indio ame-

ricano fue cada vez menos compartida en España —incluso por su propia autora²⁷—, mientras en Hispanoamérica podía ser adoptada sin dificultades por el nacionalismo literario de la época. En México, donde la novela de Gómez de Avellaneda contó pronto con una edición²⁸, el resultado más notable²⁹ se debería a Eligio Ancona, que en *Los mártires del Anáhuac* (1870) volvió sobre la conquista para recordar los sucesos ocurridos a partir del 21 de abril de 1519, cuando Hernán Cortés llegó a las costas en que fundaría la Villa Rica de la Veracruz, e incluso se remontó en su relato hasta 1504, año en que el futuro conquistador llegó a la Española en busca de fortuna. Ninguno de los novelistas citados se atuvo más estrictamente que él al fiel cronista de los hechos, Bernal Díaz del Castillo —también co-

26 William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, traducida al castellano por José María González de la Vega, anotada por Lucas Alamán, con notas críticas y esclarecimientos de José Fernando Ramírez; prólogo, notas y apéndices por Juan A. Ortega Medina, México, Editorial Porrúa, 1970, pág. 521.

27 *Guatimozín, último emperador de México* no fue incluida en la edición de sus *Obras literarias* autorizada por Gómez de Avellaneda, quien, en nota a su leyenda *Una anécdota en la vida de Cortés*, explicó que «esta anécdota, tomada de su novela *Guatimozín*, es lo único que la autora ha querido conservar de dicha obra, suprimida de la presente colección a causa de no haberle permitido su falta de salud revisarla y corregirla, según juzga necesario» (véase *Obras literarias, colección completa, cinco vols.*, Madrid, Imprenta de Ribadeneira, 1869-1871, vol. I, pág.

159). Las novelas españolas dedicadas a la conquista de México o primeros tiempos de la colonia —desde *La conjuración de México o los hijos de Hernán Cortés* (1850), de Patricio de la Escosura, y *Eleonor de Motezuma, o un episodio del siglo XVI* (1852), de Manuel Ruiz y Pérez, hasta *Hernán Cortés* (1868), de Julio Nombela y Tabares, y *Conquista de México por Hernán Cortés* (1874), de Ramón Ortega y Frías— permiten comprobar que hasta la fecha de esa edición se habían impuesto actitudes conservadoras cada vez más acentuadas, desde los cuales los planteamientos liberales, aunque fueran tan moderados como los que se podían desprenderse de *Guatimozín, último emperador de México*, significaban una apreciación negativa de lo ocurrido en América, por lo que se prefirieron «las imágenes más depauperadas del buen salvaje: la bondad convertida en estupidez, la inocencia en incapacidad, la carencia de ambición en desidia



Desembarco de los hombres de Cortés en las costas de Veracruz (21 de abril de 1519). Códice Florentino.

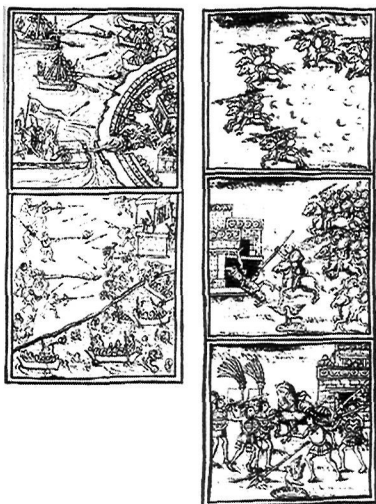
y apatía» (véase Mercedes Baquero Arribas, artículo citado, pág. 131; un minucioso análisis de ese proceso puede encontrarse en su Memoria de Licenciatura *La novela histórica de tema americano en el romanticismo español*, Universidad Autónoma de Madrid, 1987). En este sentido, *Una anécdota en la vida Cortés* también resulta significativa: en el relato se habían introducido los cambios necesarios para mostrar un imagen netamente positiva del conquistador.

28 México, Imprenta de Juan R. Navarro, 1853.

29 Cabría tener también en cuenta *Amor y suplicio* (1873), donde Ireneo Paz narraría de nuevo la conquista desde la defensa de un republicanismo conciliable con la fortaleza de un gobierno fuerte, planteamiento relacionable con el gobierno de orden y progreso que asumiría Porfirio Díaz. Véase Napoleón Rodríguez, *Ireneo Paz. Letra y espada liberal*, México, Distribuciones Fontanara, 2002, págs. 72-73. Ireneo Paz continuaría su reconstrucción de la conquista en *Doña Marina o la piedra del sacrificio* (1883). Para entonces ya podía contar con la abundante información ofrecida por Manuel Orozco y Berra en su fundamental *Historia antigua y de la conquista de México* (1880).

La conquista de América en la novela hispanoamericana del siglo XIX. El caso de México

TEODOSIO FERNÁNDEZ



Asedio y conquista de Tenochtitlan (1521).
Código Florentino.

30

Publicada en Londres en 1843, su *Historia de la conquista de México* contaba ya con dos ediciones mexicanas al año siguiente, una de ellas la traducida por José María González de Vega y anotada por Lucas Alamán.

31

Véase Eligio Ancona, *Los mártires del Anáhuac*, en *La novela del México colonial*, estudio preliminar, selección, biografías, notas preliminares, bibliografía general y lista de los principales acontecimientos de la Nueva España de 1517 a 1821 por Antonio Castro Leal, tomo I, págs. 408-624 (624). Las citas aparecerán seguidas del número de las páginas correspondientes a esta edición.

32

Por si necesitaba aclaración, entonces se justifica el título de la novela: «¡Nobles mártires del Anáhuac sacrificados a la cobardía de un rey y al canibalismo de vuestros enemigos: vuestro cadalso fue, como el de otros muchos que ha levantado en todo el ámbito de la tierra la injusticia de los hombres, el eterno pedestal de vuestra gloria!» (525-526).

nocía las obras de Clavijero y de Prescott³⁰, a las que remite al lector interesado en los detalles relativos a la muerte de Motecuzoma—, aunque en la última parte de su relato, en particular tras recrear la Noche Triste, pareció sentir que su tarea no era la del historiador, para centrarse en los trágicos días finales de Geliztli—bella hija de Motecuzoma, fracasada Judith del Anáhuac, siempre amenazada por la lujuria española— y del valeroso Tízoc, con cuyos desgraciados amores había aderezado los avatares de la conquista, sin que se olvidara de anotar el fin del asedio a Tenochtitlan, y de recordar la tortura y la muerte con que Cortés obsequió al prisionero Cuauhtemotzin, uno más entre «tantos mártires sacrificados a su ambición y a su crueldad»³¹. Por lo demás, Ancona agregó considerables dosis de lascivia a un Cortés hipócrita, supersticioso y obsesionado por el oro, pero a la vez astuto, enérgico, valiente y de voluntad firme. Tampoco incorporó novedades en la visión de Motecuzoma, que «unía al valor la modestia y la sabiduría» (441) cuando llegó al trono, para convertirse después en déspota soberbio y fanático, que «perdía lastimosamente su tiempo entre las concubinas de su serrallo y los agoreros y sacerdotes de su consejo» (440) mientras el enemigo avanzaba hacia Tenochtitlan. A la muerte de Cuauhpopoca, el cacique de Nauhtlan abandonado por Motecuzoma y condenado por Cortés a morir en la hoguera junto con su hijo y otros quince guerreros indígenas, el espíritu que guiaba la pluma del escritor quedó plenamente explícito: «Pero hubo algo que no pudo perecer entonces..., y que no perecerá jamás: la sed de sangre de los conquistadores, la villanía del rey, el heroísmo de las víctimas»³². Esas víctimas fueron todos aquellos—en la novela no se concede un protagonismo especial a los indígenas históricos mencionados, entre los que se cuentan también Cuitlahuatzin y Xicoténcatl— que sucumbieron heroicamente frente a los enemigos españoles y americanos: Ancona no podía perdonar al cacique de Cempoala, «el primer traidor del Anáhuac» (465), quien, para combatir «lo que llamaban» (465) la tiranía de Motecuzoma, había caído «en el yugo todavía más ominoso de los europeos» (468); tam-

poco a Marina, destinada desde su nacimiento a amar al mayor enemigo de su raza, amor «que la llevará a renegar de sus dioses, a vender a sus hermanos y a entregar su patria al extranjero» (421). Consecuente con ese planteamiento, se cuidó muy bien de anotar la presencia culpable de los numerosos aliados indígenas con que contó Hernán Cortés—en especial los tlaxcaltecas— y que resultaron decisivos para la victoria de los invasores llegados de oriente.

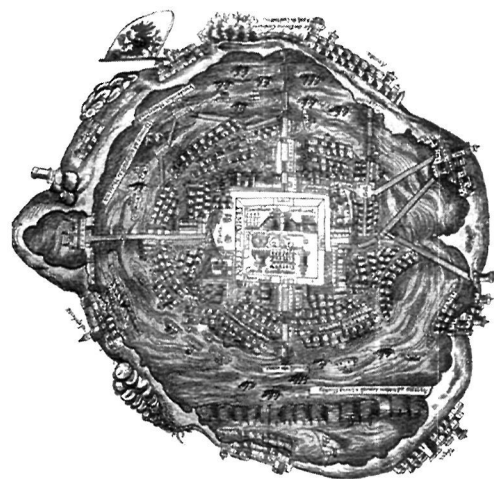
Aunque claramente estaba del lado de los «incultos» americanos (sencillos, rudos, primitivos) frente a los «semicivilizados» europeos (465), Ancona no se dejó cegar por el patriotismo a la hora de analizar las creencias y las prácticas religiosas de los antiguos mexicanos. Ciertamente, tampoco él tenía razones para ver en los ritos sangrientos de los aztecas una prueba de su inferioridad, pues, «si los americanos sacrificaban víctimas humanas en los altares, los cristianos introducían a fuego y sangre su culto en el Nuevo Mundo y la Inquisición quemaba a los herejes en nombre de la religión» (429). Pero de su novela se desprende que era decididamente contrario a los ritos sangrientos: por si los hechos históricos no alcanzaban truculencia suficiente, añadió de su cosecha el sacrificio del inocente hijo de Geliztli—había sido violada por Cortés— que llevaron a cabo en el Templo Mayor unos «infames ministros de Satanás», dirigidos por el «inmundo pontífice» Tayatzin (613), verdadero dechado de fanatismo y de crueldad. Tampoco le agradaban las prácticas de los conquistadores: «Como los bandidos católicos, que suelen encender una vela a la virgen para que los patrocine en sus crímenes, así los españoles imploraban la protección del cielo para el atentado que iban a cometer contra el Anáhuac que los hospedaba y el gran señor que los colmaba de regalos» (502). La misión evangelizadora no podía servir de excusa para tantos crímenes: Ancona llegó a burlarse de esa obsesión que trataba de constituir «una burla pesada» para Satanás, esa obsesión que los españoles «tenían de catequizar a cuantos paganos caían en sus manos y de arrojarles agua a la cabeza al tercer día de la prédica, hubiesen entendido o no los incomprensibles argumentos con que se procuraba su conversión» (508). Tras la restauración de la república en

1867, la euforia liberal de Ancona se concretaba en esas moderadas muestras de oposición a un catolicismo oficial y obligado³³.

Algún otro aspecto de su novela merece cierta atención, como el relacionado con las leyendas relativas a las gentes que habían de llegar de oriente para poner fin al imperio de Motecuzoma. Gómez de Avellaneda había reducido aquellas profecías a astucias de los sacerdotes para imponer terror a los príncipes y someterlos a su poder, lo que no le impidió mostrar al gran señor de México afectivamente desamparado por sus dioses y aterrado por insistentes presagios funestos. La actitud de Ancona fue similar: aunque rebajara en alguna ocasión el significado de esas leyendas al relacionarlas con «las supersticiones del vulgo», también juzgó determinante en la actitud de los mexicanos la profecía relativa al regreso de Quetzalcóatl, «el mito más bello de la teogonía azteca» (411), y dio a esos presagios funestos una presencia variada en su novela: según cuenta Geliztli a su enamorado Tízoc, hasta la princesa Papantzin regresa del sepulcro para relatar a su hermano Motecuzoma lo que un ángel –lo era, a juzgar por el «largo ropaje blanco» que vestía, y por las «dos alas de bellas y vistosas plumas» (450) que tenía en las espaldas– le ha anticipado sobre la caída de los dioses antiguos y la promulgación del «baño sagrado» con el que ella y todos seguirían al nuevo Dios. La mención de la famosa leyenda del águila y el nopal (441), asociada a la fundación de Tenochtitlan por los aztecas tras su larga peregrinación desde el país de Aztlan, confirma ese interés por la cultura prehispánica, que determina la inclusión de variadas referencias a las costumbres del México antiguo, a veces quizá no sin sentido del humor, como cuando, en contraste con la práctica del adulterio llevada a América por los españoles, apunta que ese crimen era «casi desconocido en el Anáhuac y que causaba tal horror a los aztecas que lo castigaban con el más bárbaro de sus suplicios. Aplastaban entre dos piedras la cabeza del adúltero» (530).

Por otra parte, Ancona se mostró particularmente consciente de la índole caballeresca de los hechos relativos a la conquista de México. Sin duda tenía en cuenta la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*³⁴ al narrar que las ciudades y aldeas surgían de la laguna ante los conquistadores «como esas

creaciones fantásticas de los romances caballerescos que tanta boga tenían entonces en España», y que a la vista de las chinampas, verdaderos hueritos flotantes, los españoles «se creyeron verdaderamente metidos en una aventura novelesca más prodigiosa que todas las de Amadís de Gaula» (493). No contento con los cuatro versos recordados por Alonso Hernández Puertocarrero a la vista de San Juan de Ulúa³⁵, hizo que Cortés murmurase los que continuaban el romance: «Cata palacios del Rey, / cata los de don Beltrán / y aquella que ves más alta / y que está en mejor lugar» (414). Aunque el futuro conquistador de México no diera fe a esos «romances caballerescos», en opinión del narrador «no dejaba de halagarle la idea de ocupar un día en sus libros el lugar que entonces ocupaban Bernardo del Carpio y el paladín Roldán», precisamente por haber conquistado un país cuyas características «mucho tenían que ver con las fantásticas creaciones de los romancistas» (498). De ese modo *Los mártires del Anáhuac* incorporaba a la literatura mexicana la índole novelesca de la conquista de México, a la vez que Eligio Ancona enriquecía con sus aportaciones un modo de novelar característicamente hispánico: aunque tanto él como Gertrudis Gómez de Avellaneda, Salvador García Baamonde y el anónimo autor de *Jicotencal* escribieran estimulados por el éxito más o menos remoto de algunas novelas francesas –como *Los Incas* (1777), de Jean François Marmontel, *Pablo y Virginia* (1787), de Bernardino de Saint-Pierre, o *Atala* (1801), del Vizconde de Chateaubriand–, sus obras permiten comprobar que las circunstancias personales y el medio cultural de los escritores pesaban más que las comprobables o supuestas influencias literarias extranjeras; esas creaciones formaron parte del prolongado debate sobre la actua-



Mapa de Tenochtitlan (1524).

Restaurada. En 1868 había sido nombrado Gobernador interino de Yucatán, por decisión de Benito Juárez. Era un liberal moderado cuyas producciones «[...] son hijas del estudio y de la meditación», según Francisco Sosa, *Los contemporáneos. Datos para la biografía de algunos mexicanos distinguidos en las ciencias y en las artes*, México, Imprenta de Gonzalo A. Esteva, tomo I, 1884, pág. 64.

34

«[...] desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en la tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas y encantamiento que cuentan en el libro de Amadís...» Véase Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición crítica de Carmelo Sáenz de Santamaría, Madrid, Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1982, págs. 175-176.

35

«Cata Francia, Montesinos, / cata París, la ciudad, / cata las aguas del Duero, / do van a dar a la mar.» Véase *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cit., pág. 69.

33

Ancona había nacido en Mérida, en 1836. Su oposición a la intervención francesa le había

costado el destierro en la isla de Cozumel, de donde regresó para ocupar importantes cargos políticos en la República

La conquista de América en la novela hispanoamericana del siglo XIX. El caso de México

TEODOSIO FERNÁNDEZ

Esta consideración es particularmente válida para la autora de *Guatimozín, último emperador de México*, que conocía bien «al mejor prosista de Europa, al novelista más distinguido de la época», el «célebre» Walter Scott, y gustaba de los «corazones primitivos» imaginados por el «inmortal y divino» Chateaubriand en *Atala*. Véase su carta a Ignacio Cepeda de fines de 1839, en *Autobiografía y cartas, hasta ahora inéditas, de la ilustre poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda*, prólogo y necrología de Lorenzo Cruz de Fuentes, segunda edición corregida y aumentada, Madrid, Imprenta Helénica, 1914, pág. 116.

ción española en el nuevo mundo, a la vez que abrían un camino también alejado del que Walter Scott impuso como modelo para la novela histórica³⁶: frente a su preferencia por personajes ficticios que desarrollaban la trama sobre un fondo histórico, la novela hispánica sobre la conquista de América trataba de

asentar su revisión del pasado sobre una reconstrucción rigurosa en todo cuanto se refiriera a personajes, hechos y escenarios reales. Las hazañas de conquistadores y conquistados bastaban para dotar a los relatos de la condición novelesca que el siglo XIX demandaba.